



NÚMERO 684

14 DE MARZO DE 1910

AÑO XXVIII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 á 3.—Trajes de primavera

SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Variedades. — El hijo político, novela francesa de M. C. A. F. — Receta culinaria.

GRABADOS. — 1 á 3. Trajes de primavera. — 4. Vestido de velo. — 5 y 6. Saquillo bordado. — 7. Vestido de tursor. — 8. Traje de seda. — 9. Cuerpo sencillo. — 10. Traje de señorita. — 11. Traje de señorita. — 12. Traje para señora de cierta edad. — 13 á 15. Trajes de paseo.

HOJA DE PATRONES NÚM. 684. — Tres prendas diferentes. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 684. — Diversos y variados dibujos. FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.



4.—Vestido de velo

EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

1. HOJA DE PATRONES NÚM. 684. — Chaqueta para señora, delantal y vestido para niña. — Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.

2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 684. — Diversos y variados dibujos. — Véanse las explicaciones en la misma hoja.

3. FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.

Primer traje, de estilo sastre, de jerga azul antiguo, guarnecido de bieses de raso y de bordados con trencilla y cabujones. Falda plegada con delantal estrecho, prolongándose en delantero princesa sobre el cuerpo que forma canesú sobre los pliegues de la falda. Escote y sisas orlados de bieses de raso, así como las manguitas cortas. Un galón azul claro orla la camiseta de linón con entredoses de valenciennes. Mangas abolsadas de linón, con puños ajustados adecuados á la camiseta. Unos bordados de trencilla rodean el escote y adornan las mangas. Sombrero de paja tagala negra, con adorno de plumas rizadas de color azul antiguo.

Segundo traje, de terciopelo muselina color de hoja seca. Falda túnica drapeada por detrás, con delantal ancho orlado de pespuntos. Cuerpo formando coselete sobre los delanteros, que forman una sola pieza con las mangas semilargas, las cua-

les terminan en los codos en unos abolsados fruncidos. Camiseta de tul negro bordado de oro y de color de hoja seca. Sombrero de paja color de castaña, adornado de una amazona de color beige desrizada.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 á 3. TRAJES DE PRIMAVERA.

I. *Traje de calle*, de cachemira verde sauce. Falda y cuerpo abrochados al bias bajo un galón bordado y adornado de botones con cordones. Este mismo galón adorna el cuello, las mangas justas y forma el cinturón. Sombrero de paja negra, adornado de un penacho blanco.

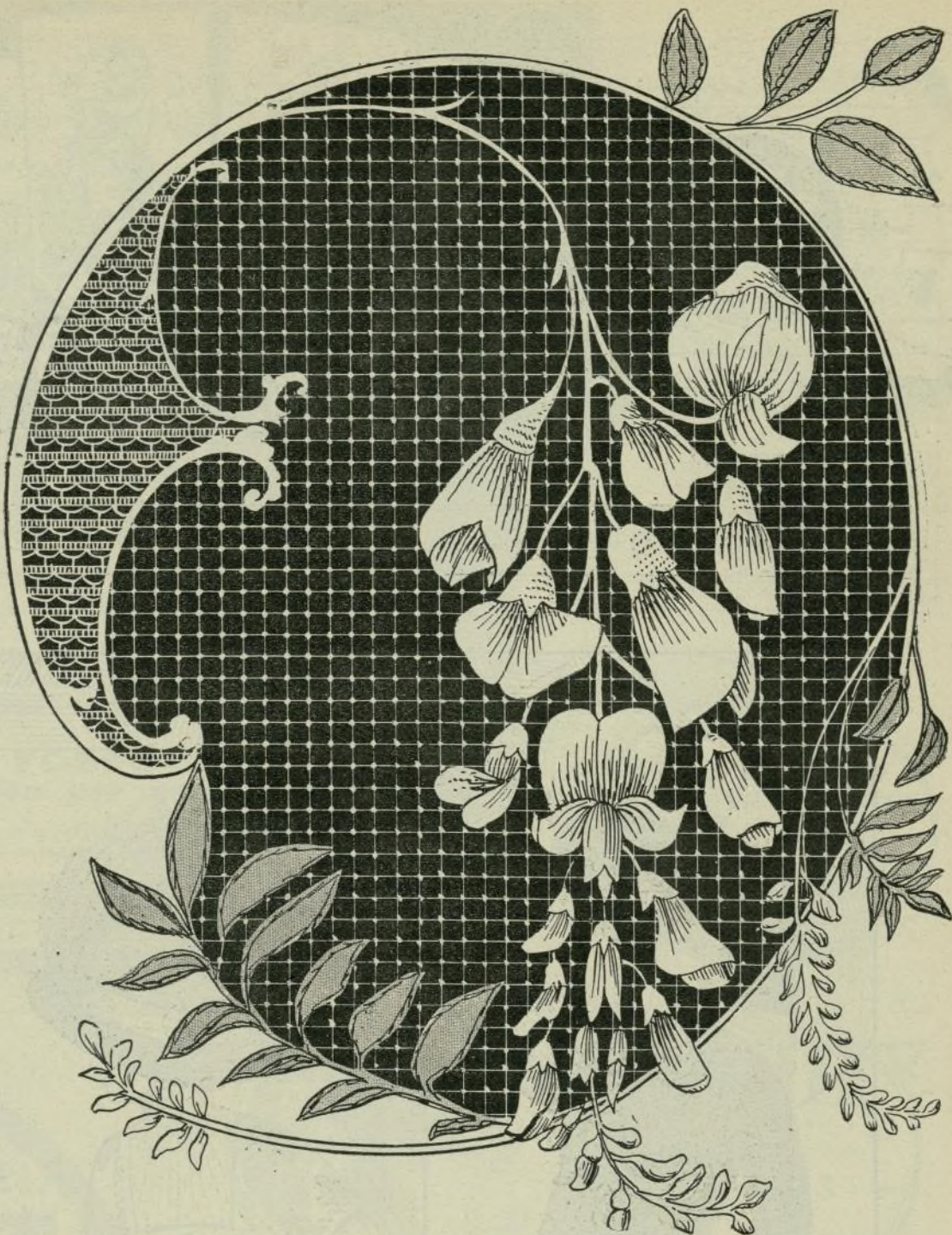
II. *Traje de calle*, de paño color de pervinca. Túnica redonda, adornada de trencilla sobre una falda plegada á pliegues ocultos. Cuerpo ablusado formando una sola pieza con las manguitas cortas, adornado de trencilla, con escote cuadrado sobre una camiseta de tul con lunares bordados. Mangas de globo fruncidas en los puños, también de tul con lunares bordados. Cinturón de seda liberty azul oscuro. Sombrero de paja azul, guarnecido de un galón bordado y de un penacho negro.

III. *Traje de visita*, de paño de seda de color beige claro. Falda atravesada de un galón bordado y terminada en un volante plegado á pliegues pespunteados. Túnica drapeada por detrás y orlada de una cinta ancha de faille color de castaña. Cuerpo dra-

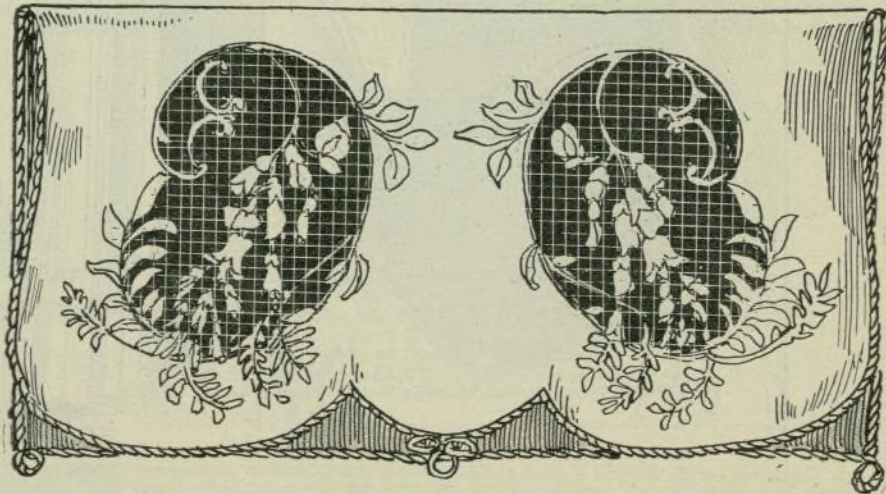
peado en forma de tirantes, con el mismo adorno. Peto bordado. Camiseta de tul punto de espíritu, con cuello de guipur. Mangas semilargas, orladas de cinta y terminadas en brazaletes bordados. Toca de crin color de castaña, drapeada de tul y adornada de dos grandes rosas de muselina de seda prendiendo un penacho de plumas.

4. VESTIDO de velo y pañete gris nube. Cuerpo y parte superior de la falda de velo fruncido; canesú, mangas y parte inferior de la falda, de paño. Todo este traje va adornado de aplicaciones de pasamanería. Mangas con bocamangas anchas. Camiseta y parte inferior de las mangas de globo de tul con lentejuelas de oro. Cinturón drapeado, de seda flexible color gris nube. Sombrero de paja negra, guarnecido de lilas.

5 y 6. SAQUILLO BORDADO. — Nuestro modelo es de raso con el forro más oscuro; á los lados del saquillo se hace un bonito dibujo de aplicaciones de tul de punto de espíritu ó de malla, cuyo tamaño natural indicamos en el grabado núm. 5.



5.—Dibujo del saquillo bordado



6.—Saquillo bordado

VARIEDADES

Peligro en los helados

Un médico italiano, el doctor Baldoni, acaba de hacer interesantes observaciones relativas á los perjuicios que pueden causar en el organismo humano los sorbetes, no ya por sus cualidades propias (es decir, los ingredientes ó la temperatura), sino por la naturaleza de las vasijas é instrumentos que para fabricarlos se emplean.

Estos aparatos suelen estar hechos con aleaciones de estaño que contienen plomo (hierro y cobre estañados).

El mezclador suele ser también de cobre estañado, así como las cacerolas en que se preparan las cremas.

El doctor Baldoni, después de procurarse helados procedentes de distintos establecimientos de Roma, los hizo fundir en un gran recipiente y luego decantó el líquido y lo filtró. Sobre el filtro quedó un residuo de polvo metálico de estaño y cobre. El análisis reveló en él 1,7 miligramos de plomo por cada 685 gramos de helado. En otros experimentos análogos, las proporciones de plomo encontradas fueron 2,5 para 710 gramos de helado; 2,2 para 697, y 1,9 para 652.

La proporción media resultó ser de medio miligramo de plomo por cada helado de unos 200 gramos.

Esta dosis de medio miligramo de plomo es la que, según minuciosos estudios anteriores del profesor Armando Gautier, absorbe, poco más ó menos, cada individuo diariamente, de un modo ú otro. Pero esta circunstancia no es un argumento en favor de la inocuidad absoluta de los helados; pues si á la dosis de plomo habitual é inofensiva se agrega algo más, el resultado, por lo menos á la larga, tiene que ser forzosamente muy nocivo.

Tal es la conclusión á que llega el doctor Baldoni.

La Viardot, Berlioz y Wagner

Pablo Viardot, el hijo de la difunta Paulina Viardot García, un día célebre cantante y profesora de canto, dió en la *Revue* la memorable declaración de que Héctor Berlioz no supo componer la parte de los bajos en sus creaciones orquestales.

«Berlioz iba á menudo á Courtarenel — dice Viardot — para trabajar con mi madre, que le prestaba el inmenso servicio de corregir la parte de sus bajos. Por más que parezca inverosímil, es un hecho que este hombre genial carecía del todo de la percepción necesaria para la instrumentación de los bajos. De modo que mi madre corrigió esta parte correspondiente á las óperas «La conquista de Troya» y «Los troyanos en Cartago», y Berlioz á su vez la ayudó á ella á estudiar las partes de los protagonistas de «Orfeo» y «Alceste», de Gluck, que luego cantó en la Gran Opera, haciendo de ello creaciones inolvidables.»

Sabido es que Berlioz no era tan fuerte en armonía como la mayoría de los grandes compositores, porque Lesueur, su maestro en el Conservatorio, no había sido más que una medianía, y Berlioz se resintió de ello toda la vida. Paulina Viardot, por su parte, á fuer de excelente cantante, fué una compositora nada vulgar, algunas de cuyas óperas se estrenaron en los teatros de Baden y de Carlsruhe. Sin embargo, la versión de Pablo Viardot podría adolecer de alguna parcialidad, porque más adelante se entibieron bastante las relaciones amistosas entre Berlioz y Paulina, en ocasión de prepararse el estreno de «Los troyanos». Berlioz mismo escribió en este asunto á un amigo:



9—Cuerpo sencillo



7.—Vestido de tusor



8.—Traje de seda

Este mismo dibujo puede servir para adornar vestidos y cuerpos. Las flores se bordan de tres tonos naturales y el calado de encaje se hace con hilillo de oro ó seda de color adecuado al del raso.

7. VESTIDO de tusor verde hiedra. Cuerpo adornado de grandes solapas con canesú ó peto de tul de oro y cinturón-coselete con lacitos de raso. Unas tiras bordadas de trencilla adornan el chaleco y las mangas abolsadas. Falda con tres volantes, también adornadas de trencilla. Toca de paja con un drapeado de seda liberty de color verde hiedra y adornada de un ramo de rosas.

8. VESTIDO de seda azul lavanda. Falda túnica adornada de dos hileras de calados por los que pasa una cinta de raso del mismo color. Parte superior del cuerpo bordada de trencilla fina azul lavanda. Mangas de globo también bordadas. Volantitos del cuello, de las mangas y cinturón drapeado, de seda azul lavanda. Sombrero de paja color de trigo, adornado de una escarapela de rosas y myosotis.

9. CUERPO SENCILLO, de franela ó cachemira, montado á pliegues formando tirantes sobre un pequeño canesú recortado en cuadro por delante y adornado de botoncitos. Peto plegado al través. Mangas plegadas en los hombros y en los puños. El borde que adorna el escote y el cinturón es de raso ó de seda flexible. Cuello de guipur.

10. TRAJE DE SEÑORITA, de velo color de rosa pálido. Falda montante, ajustada con pliegues interiores que forman algunos canales por el borde, adornada de dos cintas color de cereza que orlan un entredós de guipur. Cuerpo blusa recortada en presillas sobre un canesú de guipur y guarnecido de dos cintas color de cereza atadas delante. Mangas rectas, fruncidas en los puños de cinta color de cereza y guipur. Cinturón de seda color de cereza. Este traje resulta también muy lindo de velo blanco guarnecido de terciopelo negro.

11. TRAJE DE TARDE, de paño color de malva, guarnecido de bordado hecho con seda floja de dos tonos. Falda con hechura, adornada de un entredós bordado. Cuerpo recortado en forma de coselete sobre un canesú bordado con petito de linón

y entredoses de valencienes. Mangas ajustadas, adornadas de trencilla y de botones. Cinturón bordado. Sombrero de paja, adornado de una corona de primaveras y de un lazo de tul.

12. VESTIDO PARA SEÑORA DE CIERTA EDAD, de lana de fantasía de color azul antiguo. Falda-túnica cruzada por delante y por detrás y abierta por abajo, orlada de terciopelo y adornada de botones y cordones. Este mismo adorno lleva el cuerpo cruzado, abierto por un lado sobre un paño de tela plegado y recortado sobre un canesú de raso bordado. Cinturón de raso negro. Mangas cortas orladas de terciopelo, y mangas semilargas plegadas.

13 á 15. TRAJES DE PASEO.

I. Traje de estilo de sastre, de paño ó lana de color de moda. Falda de hechura de novedad, algo montante; los paños de la parte de detrás se unen á los de delante con pespuntos y un botón bordado; en la cintura lleva una hebilla forrada de tela. Cuerpo fruncido á los lados de un peto ancho orlado de pespuntos. Canesú bordado de trencilla y orlado de terciopelo negro. Cuello y camiseta plegada de linón. Mangas bordadas de trencilla en los puños. Sombrero de crin, adornado de una tira bordada de oro y de un penacho de plumas.

II. Vestido de lana lisa verde sauce. Falda túnica adornada de un bies ancho pespunteado. Cuerpo abulsado, abrochado á un lado y adornado de un canesú bordado de trencilla sobre una camiseta de linón y encaje. Mangas de sastre con brazaletes bordados de trencillas y puños pespunteados con botones. Cinturón drapeado de seda flexible. Sombrero de paja tagala, con una corona de rosas con su follaje.

III. Vestido de velo de color beige, adornado de trencilla. Falda con túnica redonda, adornada de una tira bordada de trencilla. Cuerpo abulsado en el centro, adornado de bordados de trencilla en forma de tirantes y de canesú recortado en puntas, guarnecido además de botones y cordones. Cuello y camiseta de guipur. Cinturón bordado de trencilla. Mangas ajustadas, bordadas de trencilla en las bocamangas. Sombrero de paja, adornado de terciopelo negro, con el fondo de boina de tul con lunares afelpados.



10 á 12.—TRAJES ELEGANTES



440

Gaston DROUET, Éditeur



J. Bas Imp. Paris.

Reproduction Prohibida.

Foulmer

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona

XXVI. — N° 684

**ESTREÑIMIENTO
SUPOSITORIOS CHAUMEL**
para Adultos, y para Niños.
Infalibles; efecto producido en media hora.
FUMOUE-PARIS, y en todas las Farmacias del Globo

*Solución Pautauberge, el
remedio más eficaz para curar las enfer-
medades del pecho, las toses recientes y*
Ayuntamiento de Madrid



La „CRÈME SIMON„ la gran
Marca de las Cremas de
Belleza, es sin rival para el
tocador de las Señoras.





13 á 15.—TRAJES DE PASEO

«Madama Chartón será una magnífica Dido, pero con esta ocasión dos amigas mías se han convertido en dos enemigas; son madama Viardot y la Stolz, que ambas pretendían el trofeo de Cartago... *Fuit Troya!*»

Tampoco son muy halagüeños los recuerdos que conserva Viardot de Wagner. A propósito de éste escribe:

«Mi madre conoció a Wagner en París; había venido a verla con una recomendación de Meyerbeer. No tardó en sentarse al piano para hacernos oír una de sus canciones, pero dió tales berridos y se acompañó de un modo tan estruendoso, que era imposible hacerse cargo de las composiciones. Otro día compareció agitado y gesticulando como un diablillo que salta de su caja, para participar a mi madre que al día siguiente vendría a verla con dos señoras que deseaban oír el segundo acto del «Tristán», que todavía no estaba traducido al francés. Mi madre fué la única cantante en París que sabía el alemán, y por consiguiente la única que podía cantar la parte.

»Desgraciadamente no la conocía siquiera; sin embargo, estudiando todo el día logró empaparse de ella lo suficiente para poderla cantar al día siguiente, acompañada de Wagner. Fué una tarea bastante espínosa, porque el maestro solía acompañar su música no ateniéndose más que a su inspiración y fantasía momentánea. Las dos señoras que le acompañaron fueron la condesa de Wittgenstein, la amiga de Liszt, y la condesa de Kalerigi, la famosa intérprete de Chopin.

Paulina Viardot, la celebrada intérprete de las heroínas de Gluck y de Meyerbeer, no llegó nunca a ser una cantante wagneriana.

Alejandro Dumas como cocinero

Sabido es que Dumas (padre), á fuer de ingenioso novelista, fué un excelente cocinero, y que se complacía en actuar de tal siempre y cuando su capricho se lo dictaba ó la necesidad se lo imponía. Esto último aconteció en un viaje que hizo por Suiza, y él mismo con su habitual gracejo cuenta este episodio en sus impresiones de viaje:

«Un día llegué cansado, hambriento y calado hasta los huesos á la posada de Obergestelen. Pedí el mejor cuarto de la casa, mandé encender un buen fuego en la chimenea y me disponía á disfrutar de este elemento bienhechor, cuando se presentaron en la estancia dos damas, jóvenes y lindas, quienes, como yo, se habían visto sorprendidas por el aguacero, y llegaban mojadas y probablemente hambrientas como yo. No vacilé un momento en ofrecerles el cuarto, ya agradablemente calentado; lo aceptaron agradecidas, y sus maridos, que entretanto habían llegado, me convidaron á cenar con ellos. Mientras esperábamos con impaciencia que la cena estuviese á punto, la conversación se hizo general. Hablamos de música, de arte, de literatura, hasta de medicina, sin que les hubiera sido posible á las damas adivinar á qué clase de la sociedad pertenecía yo, ó cuál era mi profesión. Una de ellas confesó que parecía demasiado hombre de mundo para ser artista, y demasiado artista para ser hombre de mundo. Encontraba que hablaba demasiado bajo para ser médico, y no bastante alto para ser bolsista, y que con seguridad no sería abogado, puesto que dejaba también la palabra á otros.

De repente, uno de los caballeros que había dado una vuelta por la cocina interrumpió nuestra conversación, preguntando con verdadero sobresalto si sabíamos que los suizos eran antropófagos. Lo negamos riendo, pero nuestro interlocutor sostenía que en la cazuela había visto una criatura asada. Nos empeñábamos en tomar á broma esta horripilante noticia, cuando entró la hija de los posaderos y puso la fuente con el asado encima de la mesa. En efecto, lo que allí veíamos parecía una criatura recién nacida y sin piel; las señoras volvieron la cara con una exclamación de terror y de asco y los caballeros hicimos observaciones nada favorables para los suizos. La joven que sin entender nuestro idioma veía la repugnancia pintada en nuestros semblantes, preguntó extrañada:

— Pero, por Dios, ¿qué les pasa á ustedes? ¿Por qué no quieren probar esta marmota? Les aseguro que es un bocado fino. A pesar de que de este modo supimos á qué atenernos respecto del asado, nos quedó una aversión tan grande que nadie quiso probarlo siquiera.

— ¿No tienen ustedes nada más para comer?, pregunté á la chica.

— Si quieren ustedes, puedo hacerles una tortilla, contestó. — ¿Y usted sabe hacer tortillas? La cuestión es, proseguí yo dirigiéndome á las señoras, que hacer una tortilla no es tan fácil como parece; es, en el arte culinario, lo que el soneto en poesía.

— ¡Vaya una exageración! Una tortilla es el A. B. C. del arte culinario, exclamaron las dos señoras.

— ¡Dios mío!, replicó la suiza, tortillas hacemos cada día, y ningún viajero se nos ha quejado todavía de que estuviésemos mal preparadas.

Se fué y al poco rato volvió con la tortilla. Era ésta plana y tan dura que las señoras la apartaron con disgusto después de haber tomado el primer bocado.

Lo mismo me sucedió á mí.

— ¿Me permiten ustedes que les haga una tortilla?, pregunté á las damas.

Éstas dijeron que sí, aunque con alguna sorpresa, y toda la comitiva, movida de curiosidad, me siguió á la cocina. Allí pedí huevos frescos, manteca y nata fresca; encargué á uno de los caballeros que picase bien finas las hierbas, al otro que batiese los huevos; luego mezclé yo los ingredientes en la sartén, desempeñando mi cometido con tanta gravedad que las

señoras se reían de buena gana. Todos miraban con creciente interés cómo la tortilla iba hinchándose en la manteca. Por fin, uno de los caballeros se dirigió á mí con la siguiente pregunta:

— ¿No lo tomará usted á mal que me permita preguntar á quién tenemos el honor de llamar nuestro cocinero?

— No me he de resentir en lo más mínimo.

— Recuerdo, prosiguió el caballero, haberle visto á usted repetidas veces en París.

— Tampoco á mí me es desconocida su fisonomía de usted, contesté yo; pero tenga la bondad de pasarme la manteca. ¡Gracias!

Y mientras ponía otro pedacito de manteca debajo de la tortilla, para que ésta acabase de dorarse, dije mi nombre.

— ¡Cómo! ¿Es usted el autor de «Antony»? exclamaron sorprendidas las señoras.

— ¡No lo puedo negar, señoras!, repliqué presentándoles al mismo tiempo la tortilla, que me había salido á las mil maravillas.

Todos quedaron extrañados; probablemente habían tenido una idea más poética de un autor dramático. Afortunadamente la tortilla no fué mi peor obra, y tuvo buena acogida entre los comensales, que no quedó sobrante ni un pedacito.

TEATROS

BARCELONA. — *Gran Teatro del Liceo*. — Merced al concurso y al apoyo que le prestan las principales corporaciones barcelonesas, que han prolijado la idea con entusiasmo, es ya un hecho la celebración en esta ciudad de un festival wagneriano al modo como se celebran en Bayreuth y Munich. La idea, tan cariñosamente sostenida por el empresario del Gran Teatro del Liceo, don Alberto Bernis, tendrá realización en la siguiente forma: se darán cuatro ciclos completos de *El anillo del Nibelungo*, tres de los cuales tendrán lugar por la noche y uno por las tardes de días festivos, dedicado á las personas que no puedan asistir á los nocturnos.

Con la tetralogía alternará una serie de representaciones de *El buque fantasma*, cuya próxima reproducción será por sí sola un acontecimiento artístico, puesto que el decorado, mecanismo é indumentaria se presentará completamente nuevo.

La dirección del festival correrá á cargo del célebre maestro director del teatro de Bayreuth, Franz Beidler, quien desde que terminó la temporada anterior no ha cejado un punto de ensayar la orquesta, acto de previsión que ha hecho posible la realización del proyecto.

Con idéntico propósito de facilitar aquella solución, también ha seguido trabajándose en el escenario, procurando allanar todas las dificultades que son base del complejo mecanismo de estas obras de Wagner. Y mientras se da la última mano á la complicada «misse en scene» de *El buque fantasma*, se espera de Italia la venida del señor Beretter, que ha de traer y montar toda la maquinaria de *El oro del Rin*.

No podía la empresa permanecer á la expectativa sin preverse asegurándose el concurso de los más eximios intérpretes wagnerianos; y por ello, mientras esperaba por un lado el beneplácito de las autoridades y corporaciones, por otro iba firmando contratos tan valiosos como los tenores Borgatti, Vaccari, Mannucci y Spadoni; los barítonos Quercia y Segura-Tallén; los bajos Masini, Pieralli, Medosi y Mugnoz; las sopranos Ruszkeuska D'Albert, Giudice, Lufrano y Klaskai; las mezzosopranos Bruno, Guerrini, Zoffoli y Giaconia y un sinnúmero de partes secundarias, cuyos nombres demuestran el exquisito cuidado con que ha sabido elegir los elementos artísticos.

ECOS DE LA MODA

La casa de exportación de sederías, conocida en el mundo entero, SCHWEIZER & Co. (proveedores de la Real Casa), de Lucerna, L 7, Suiza, nos comunica los últimos datos respecto á las próximas modas.

Acabadas las fiestas de año y agotados los placeres que el invierno ofrece, surge el deseo de ver aparecer la Primavera, estación perfumada, con sus bellos días de sol y su cielo radiante. La naturaleza luce sus mejores galas, los prados aparecen en todo su esplendor, y los árboles con sus nuevos retoños completan tan hermoso cuadro. Este cambio de la naturaleza se refleja también en las *toilettes* de nuestras elegantes. La moda primaveral deja á un lado los géneros hasta entonces favorecidos, para dar la preferencia á las telas nuevas en color y tejidos. Para trajes de visita, ceremonia y *soirée*, las telas de seda son las preferidas y ocupan el puesto de honor. Diagonales, Surahs, Moarés, Cotelés, Tussor, Tistú crepés, Muselina, Voile y Crepe de China son los más preferidos. Las sederías lisas son siempre muy apreciadas, y los glasés lisos y á rayas no pierden su favor. Igualmente son muy apreciados los nuevos dibujos en Foulards y Damascos, muy á propósito para trajes de visita. Los colores que batan el record son: lila claro hasta gris violado oscuro; oro kaki hasta bronceado oscuro; salmón hasta rosa obscuro;

ro; azul en todos sus matices, etc. Las sedas negras son, como siempre, muy solicitadas.

Para la época del calor, el color en boga será, como de costumbre, el blanco bordado con efectos de color, de los cuales presentamos una colección de las novedades más originales. Las casas creadoras de los nuevos modelos de París señalan, como favorecidos por un éxito sin precedentes, los bordados y encajes. El gusto del día es ante todo práctico y favorece especialmente los trajes bordados en Batista, Cachemira, Shantung, Tul pongé, Muselina de Seda, Chiffón y Crepúsculo, todos los cuales, así como las sederías, se envían franco de porte y aduanas á domicilio.

Pídanse desde luego nuestras muestras de novedades y sederías que, así como las de trajes y blusas bordados, con grabados, se envían gratis y franco.

COMPRAD LAS Sederias Suizas

Pídanse las muestras de nuestras Sederías, novedades de primavera y de verano para vestidos y blusas.

Diagonal, Crespón, Surah, Moiré, Crepe de Chine, Foulards, Muselina, 120 centims. de ancho, desde pesetas 1,45 el metro, en negro, blanco y color, así como **las blusas y vestidos bordados** en batista, lana, hilo y seda.

Vendemos nuestras sedas, de solidez garantizada, **directamente á los particulares y franco de portes y aduanas á domicilio.**

Schweizer & C.^a LUCERNA L 9 (Suiza)

Exportación de Sederías Proveedores de la Real Casa

EL HIJO POLÍTICO

NOVELA FRANCESA DE M. C. A. F.

I

En un saloncito campestre desde donde se gozaba la vista del Sena y de los collados de Meudón había entablado un diálogo vivísimo entre dos personas de sexo opuesto: la una era un hombre que frisaba en los cincuenta y cinco inviernos, dotado de la más pacífica fisonomía y envuelto en un traje holgado en todas dimensiones, costumbre que tienen generalmente todos los viejos como si pensasen crecer aún. La otra era una mujer de diez años menos, cuya esmerada compostura anunciaba una coquetería mejor conservada que sus atractivos.

— ¡Pero, querida! ¡pero, mujer!; ¡pero, querida!, decía con doliente acento el ser masculino.

— Déjate de zalamerías: ¿quieres, ó no, hacer lo que te digo?

— Pero, si es imposible.

— Nada hay imposible cuando se quiere.

— ¿No te haces cargo que media una promesa sagrada, un compromiso de honor, la cláusula de un contrato?

— ¡Bobería! Entre parientes no deben mirarse los asuntos con ese rigor.

— Permíteme que te diga que este no es un asunto cualquiera, sino cosa muy formal. Cuando casamos á nuestra Adolfinia con Chaudieu, la ofrecimos cuarenta mil francos pagaderos tres meses después de la boda; cinco han transcurrido ya y Chaudieu no ha percibido un céntimo.

— ¡Miren que lástima! ¿No es Adolfinia hija única, y no ha de ser para ella cuanto dejemos?

— Sí, mujer; pero el caso es que yo debo cuarenta mil francos á nuestro yerno, y que me pesa no haber podido cumplir con él en debido tiempo. El pobre Chaudieu no se atreve á despegar los labios, pero á buen seguro que no le disgustaría ver el color de nuestros escudos. Esta casa le cuesta muy cara: entre mueblaje y vistas de la novia se le habrán ido muchos pesos, y acaso cuente con una parte de mi débito para cubrir mis desembolsos.

— ¡Que aguarde! Me parece que nosotros somos suficientemente abonados para responder de cuarenta mil francos.

— Sí, por cierto, dijo M. Bailleul con aire de importancia.

— Y que en falta de M. Benito Chaudieu, no le hubiera faltado marido á Adolfinia.

— Creo lo mismo. Pero hace dos meses que debiera haber recibido su dinero y sentiría que á lo mejor se me presentase reclamándolo cuando yo me hallase sin medios de complacerle.

— ¡Dios le libre de hacer tal cosa!, respondió madama Bailleul frunciendo los labios desdenosamente: yo le enseñaría el modo de conducirse con gentes como nosotros. Pero no es posible: Chaudieu no es capaz de faltarnos al respeto; es preciso hacerle esta justicia.

— Pues precisamente porque el pobre Benito es un alma de Dios, tengo escrúpulo...

— Y mayor sería el escrúpulo si fuera un bribón...; mas en vez de deliberar decidamos. De los cuarenta mil francos que ofrecimos á Adolfini diste diez mil tres meses há á Laboissiere, quien consintió en emplearlos en su empresa de barcos inexplosibles garantizando un mínimum de interés de diez por ciento. Ahora solicita M. Laboissiere otra entrega de diez mil francos bajo las mismas condiciones, y se los he prometido. ¿Querrás dejarme mal?

— ¿Quién piensa en tal cosa, querida mía?, contestó M. Bailleul intimidado por las miradas de su esposa: yo tendría una satisfacción en complacerte; pero ese Chaudieu...

— ¡Válgame Dios!, en un sorbo de agua te ahogas: ¿pues hay más que en vez de darle los cuarenta mil francos, le pagues el interés ordinario de dos mil francos al año? El dinero empleado al diez por ciento en la empresa de Laboissiere le produce esa suma, y de este modo pagas sin aflojar la bolsa y aún te quedan veinte mil francos. ¿Qué te parece?

— Muy bien; pero en mi vida tendré valor para proponer á mi yerno ese armisticio.

— Yo me encargo de ello.

— Y dime, ¿es cosa segura un barco inexplosible?

— ¡Toma! ¡Como que no puede volarse!

— Los barcos, concedo; pero el dinero de los accionistas...

— Esé es otro cantar. ¿Te merece confianza monsieur Laboissiere?

— ¡Oh!, sí.

— Imaginas que trate de perjudicarte.

— Ni por pienso.

— Pues entonces...

— Es que...

— ¡Nada, nada!; ¡siempre con ese maldito vicio de llevar la contraria! Apuesto que te costaba una enfermedad, si una sola vez fueses de mi opinión.

— Y sin embargo, por ahí acabo siempre, dijo el marido exhalando un suspiro.

— En ese caso, ¿á que no comienzas por el fin? Ahorraríamos discusiones fastidiosas y viviríamos en paz y gracia de Dios. Queda, pues, acordado que darás los diez mil francos á Laboissiere: precisamente vendrá hoy, y entregándole dos letras para el notario...

M. Bailleul dió media docena de vueltas por la sala, al cabo de las cuales se paró delante de su mujer diciendo con voz insegura:

— ¿Come en casa Laboissiere?

— ¿Te incomoda?, respondió secamente madama Bailleul.

— ¡Quién dice tal! Laboissiere es un buen sujeto y en cualquier parte tendré una satisfacción en encontrarle; pero acá para entre nosotros desearía que sus visitas á esta casa fueran menos frecuentes.

— ¿Y por qué?

— ¡Ah! Si te enfadas, callaré.

— ¿Me enfado por ventura?, repuso la despótica esposa, cuya voz subía de punto á cada réplica.

— Yo no digo eso.

— Ya que has comenzado debes acabar. ¿Qué quejas tienes contra Laboissiere?

Al pronunciar estas palabras, un ligero matiz carmineo sonrojó las mejillas de Mma. Bailleul, particularidad notable ciertamente en una persona de aquella edad y de aquel carácter.

Su marido no advirtió nada, ocupado en meditar sus palabras, de modo que no originasen alguna borrasca.

— ¡Yo quejas contra Laboissiere!, dijo; ni remotamente; y la prueba es que consiento en entregarle esos diez mil francos que dices. Personalmente nada tengo que echarle en cara...; pero..., ya adivinas lo que quiero decir. Adolfini...

— Si no es más que eso...

— Al pobre Chaudieu le parecerá más que suficiente.

— ¡Qué diantre! Tus ideas nunca tienen chispa de sentido común. Convengo en que antes de casarse Adolfini, M. Laboissiere nos visitaba por ella y que con mil amores se habría casado con la muchacha...

— Y por más señas que así se habría hecho si tú hubieras querido.

— No convenía á mi hija.

— Corriente; pero lo que yo temo es que ahora le convenga menos.

— ¡Monsieur Bailleul!, dijo la madre de Adolfini con severidad.

— Yo sé bien lo que me digo, prosiguió el anciano con más firmeza de la ordinaria. Te temen, se guardan de ti, y por eso no echas de ver nada; pero yo paso por un bendito que no ve más allá de sus narices, y ni siquiera se toman la molestia de disimular cuando les vuelves la espalda.

Repentinamente se verificó un cambio inconcebible en las facciones de Mma. Bailleul: á la desdenosa incredulidad de su sonrisa sucedió una contracción violenta. Cubriéronse sus mejillas de subido color encarnado, lanzaron chispas sus ojos y las venas del cuello se le hincharon extraordinariamente. Al ver el terrible efecto que acaba de producir, retrocedió dos pasos M. Bailleul.

— Explicáte; habla; ¿qué has visto?, preguntó la encolerizada esposa con voz ronca.

— Pero, querida, sosiégate; casi da miedo verte. Bueno es tomarse interés, pero Adolfini no es ya ninguna niña. Además...

— Vamos; acaba; ¿qué has visto?

— ¿Qué quieres que te diga?, insinuó M. Bailleul cuya turbación aumentaba en proporción del arrebato de su mujer; se me ha figurado ver algunas veces, es decir, he visto que Laboissiere, en lugar de no acordarse de nuestra hija, como tú suponías, y debiera suceder, la tiene más presente que nunca. Ya ves qué plato de gusto para el pobre Chaudieu que es la honradez, la rectitud personificadas, y gracias á que él es algo corto de alcances; pero esto no salva á Adolfini de ser una coqueta, una coquetona con M. Laboissiere y más de una vez me han asaltado ganas de decírselo.

— Eso no es cuenta tuya, sino mía, interrumpió Mma. Bailleul con dureza.

— Mejor para mí. Sentiría tener una cuestión con Adolfini sobre el particular, y estos negocios se ventilan mejor de madre á hija.

— Repito que contigo no va nada, replicó la amabilísima esposa con tan formidable acento que monsieur Bailleul dió un respingo sobre su sitio.

Por un instante quedó todo en silencio, sin atreverse el pacífico marido á respirar, temeroso de atraer sobre sí el rayo que veía fulgurar en los ojos de su mujer, muda ésta por su parte y poseída de una indignación que despiertan en las madres rara vez las faltas menos perdonables de sus hijos. No pudiendo por último dominar su conmoción, madama Bailleul se acercó á una ventana en busca de aire para su agitada respiración.

Resonó en aquel momento el ruido de un carruaje y la campana de la puerta anunció una visita. Oculta detrás de la persiana podía Mma. Bailleul ver cuanto pasaba fuera sin ser vista: apeóse de un elegante cabriolé un joven, no muy alto de estatura, pero bien conformado y erguido: sus miradas eran firmes, por no decir insolentes; una sonrisa zumbona vagaba en sus labios, y sus gestos más indiferentes anunciaban un aplomo muy parecido á presunción. El subido color rubio de sus cabellos y bigotes realzaba la osadía de su semblante, con el que estaba en perfecta armonía un frac de botón dorado semejante á los que se usaban en tiempo del Imperio.

Al bajar del cabriolé el presumido personaje dió las riendas á un criado, no menos vano que él, y antes de subir los escalones que conducían á lo interior de la casa, dirigió un rendido saludo á una persona que no era Mma. Bailleul. Ésta entreabrió entonces la persiana y á través de los listones descubrió en un balcón del piso principal á su hija, quien se retiró en seguida sin observar que era espiada: Mma. Bailleul hizo también un movimiento para retirarse y tropezó con su marido que de puntillas se había colocado detrás de ella y presenciado toda la escena.

— ¡Eh!, ¿me engañaba yo?, dijo meneando la cabeza misteriosamente; le aguarda en el balcón para verle más pronto. ¡Apenas baja del carruaje, están ya mano á mano!

— ¿Tendrá la osadía de recibirle?, preguntó madama Bailleul con voz sorda.

— No digo tal, pero el jardín es grande...

— ¿Y no está Chaudieu?

— Sí, en la huerta, ocupado en pintar el enverjado: ¡pobre muchacho!; no piensa más que en las peras de Montreuil, en las uvas de Fontainebleau, y entretanto esa loca de Adolfini... ¡Oh!; bien puedes estar tranquila, pero ya se guardarán de ir hacia donde él está. ¿Te parece que bajemos?

En vez de contestar fijó los ojos Mma. Bailleul en el suelo con meditabundo ademán.

— ¿No apruebas que bajemos al jardín?, repitió á poco rato el buen anciano, inquieto del peligro que á su entender corría su yerno.

— Vas á quedarte aquí, respondió imperiosamente la madre de Adolfini despertando de su penoso en sueño y tomando un partido decisivo: repito que esto atañe á mí sola y no debes intervenir en nada. Cuidado sobre todo con salir de esta sala hasta que yo vuelva.

— Pero al menos... dame el periódico, se atrevió á decir el pacientísimo cordero echando una mirada codiciosa sobre el *Monitor* que su mujer estrujaba convulsivamente desde el principio de aquella conferencia.

Sabido es que en los matrimonios en que el poder cae en las manos femeninas, pertenece de rigor á la esposa el derecho de abrir y leer antes que nadie el periódico ó los periódicos. Mma. Bailleul ejercía sin piedad esta prerrogativa, tanto más cruel para su esposo cuanto que era nacional exaltado y elector lleno de patriotismo: empero sufría con sumisión según costumbre. En esta ocasión enmudeció la política en el corazón de la enardecida madre, y tiró sobre una mesa el diario que aún no había saboreado.

— ¡Gracias, querida!, exclamó el anciano echándose ávidamente sobre el apetecido impreso; y olvidando la coquetería de su hija ó los infortunios probables de su yerno, se engolfó voluptuosamente en la lectura de uno de los infinitos digestos artículos de fondo que los aficionados se tragan siempre con el mejor apetito: al padre de familia había substituído el ciudadano.

Antes de que se calara los anteojos, salió madama Bailleul de la sala dirigiéndose al jardín. Auxiliada por las observaciones de su marido y por su propia perspicacia, presumió que hallaría á los que buscaba en la extremidad de una calle tortuosa y sombría que remataba en un cenador desde donde la vista podía seguir los caprichosos rodeos del Sena. Este sitio, distante de la casa y protegido de miradas indiscretas por copudos árboles, convenía mejor que ningún otro para una entrevista confidencial.

En lugar de seguir el camino ordinario, tomó madama Bailleul una sendita que la condujo muy cerca del cenador, sin que las personas que estaban dentro pudiesen verla ni oírla. A medida que se acercaba aumentó las precauciones para no hacer ruido y se adelantó pasito á paso. De esta suerte llegó á colocarse detrás de un fresno enorme rodeado de espesos arbustos, y delante del cual se hallaba un banco rústico ocupado en aquel momento por madama Adolfini Chaudieu y Mr. Gustavo Laboissiere.

Apenas mediaban tres pasos entre Mma. Bailleul y los dos interlocutores: aunque hablaban á media voz, podía oírlos; y dominada por una sensación que ni con el más ardiente cariño maternal se explicaba, aplicó el oído para enterarse de la conversación.

(Continuará.)

RECETA CULINARIA

Anguila en rosca

Se le quita la piel, y bien limpia se pone formando rosca en una fuente que pueda resistir la acción del fuego.

Se rocía el pez con aceite, se sazona con sal y una pulgarada de pimienta y se pone en el horno, por espacio de media hora, á fuego un poco vivo.

TODOS CUANTOS SUFREN DE
ENFERMEDADES DEL PECHO

tales como la **TISIS, BRONQUITIS AGUDAS y CRÓNICAS, CATARROS DESCUIDADOS, GRIPPE**, etc.,

debieran recordar la célebre frase del Dr GORGON, de la Facultad de París, cuando dice:

*“Desde que empleo las Capsulinas Clin
al FOSFOTAL no he registrado ni una sola
defunción por enfermedades del pecho”.*

Dr GORGON, de la Facultad de PARÍS

Exíjase en todas las farmacias las
CAPSULINAS CLIN AL FOSFOTAL

Para recibir el folleto explicativo, FRANCO DE PORTE, basta dirigirse a
los Señores BASCANS y SALINAS, 111, Claris, Barcelona.

P. 500



VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

ROB
BOYVEAU-LAFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.



Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN